

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Dr. Alfredo L. Palacios

Por la Facultad

Ernesto Malaccorto

Por el Centro de Estudiantes

Edmundo G. Gagneux

Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES

Dr. Enrique Julio Ferrarazzo

Jacobo Wainer

Por la Facultad

Máximo J. Alemann

Por el Centro de Estudiantes

José Rodríguez Tarditi

Por el Centro de Estudiantes

Año XV

Octubre 1927

Serie II N° 75

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS, 1835
BUENOS AIRES

Información Universitaria

Homenaje a la memoria del Dr. Eleodoro Lobos. Inauguración de un busto en la Facultad

En el salón de actos de la Facultad de Ciencias Económicas, se realizó el 20 de octubre la ceremonia inaugural de un busto, obra del escultor Manuel Vercelli, del estadista, ex profesor y decano, doctor Eleodoro Lobos. Se daba así cumplimiento a un decreto suscrito por el decano doctor Mario Sáenz, con fecha 5 de mayo de 1927, que transcribimos a continuación:

"El doctor Eleodoro Lobos, uno de los estadistas más autorizados que tuvo el país, dedicó sus esfuerzos a la Facultad con entusiasmo y cariño, contribuyendo a afianzar sus prestigios, dándole la importancia que le corresponde dentro de las actividades universitarias y económicas del país. Eminente publicista, talentoso maestro, modelo de ciudadano, constituye la personalidad del doctor Eleodoro Lobos un ejemplo para la juventud estudiosa, que se inspira en ella a fin de orientar sus actividades públicas y privadas.

La Facultad debe consagrar la memoria de su ex decano y profesor, erigiendo un busto que recuerde a las generaciones futuras los rasgos característicos del ilustrado estadista que dirigió sus destinos con singular acierto. Además, es un deber ineludible de un alto significado moral, honrar la memoria de los abnegados servidores de la instrucción pública".

Por estas consideraciones,
El decano

RESUELVE:

Artículo 1o. — Colocar en el vestíbulo de la Escuela de Comercio anexa, el busto en mármol del doctor Eleodoro Lobos, hecho por un artista argentino.

Art. 2o. — Solicitar la contribución del personal directivo, docente y alumnos de la casa, con el propósito de que todos contribuyan a formar el fondo que permitirá cubrir los gastos que ha de originar la presente resolución. Se admitirán las contribuciones extraordinarias que deseen hacer otras instituciones.

Art. 3o. — Comuníquese, publíquese, etc.

MARIO SAENZ
Mauricio E. Greffier

Buenos Aires, mayo 5 de 1927.

Asistieron a la ceremonia inaugural, además de los miembros de la familia del doctor Lobos, el rector de la Universidad, doctor Ricardo Rojas; el decano de la Facultad, doctor Mario Sáenz; el presidente de la Academia de Ciencias Económicas, don Luis Zuberbülher, consejeros, académicos, miembros destacados de la banca, del comercio y de la industria, profesores y alumnos.

Inauguró la tribuna D. Abelardo M. Barrios, en representación del Colegio de Graduados, siguiéndole en el uso de la palabra D. Ernesto Malaccorto, por el Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas, y el doctor Salvador Oría, en nombre de la Facultad.

Terminados los discursos, el rector de la Universidad, doctor Ricardo Rojas, descubrió el busto del doctor Eleodoro Lobos, finalizando así el acto.

Con la publicación de los discursos que damos a continuación, la REVISTA DE CIENCIAS ECONÓMICAS ahdiere al homenaje honrando la memoria del talentoso maestro y propulsor de los estudios económicos del país.

DISCURSO DE D. ABELARDO M. BARRIOS

Señor Rector, señor Decano, señoras, señores:

He aceptado el honroso mandato que me ha conferido el Colegio de Graduados, en la seguridad de que sólo lo inspira un designio generoso. Otros, con más títulos y con mayor eficacia que el que habla, pudieron explicar e interpretar el alto significado de este homenaje, tanto más cuanto que la obra y la influencia espiritual del doctor Lobos, lejos de circunscribirse a los que fueron sus alumnos, se prolongó por mucho tiempo fuera de la Facultad, que él supo dirigir con la clara visión y el cariñoso entusiasmo de los espíritus superiores. Y fué tan profundo el surco de su obra científica, que todos, sin excepción, lo conocen, y lo sienten y lo estiman, como si hubieran sido beneficiarios personales y directos.

Pero se ha querido designar para que haga su elogio, al que, dentro y fuera del aula, ha estado más cerca, ha tenido la suerte de conocer más íntimamente, la acción vasta y esforzada, las grandes virtudes morales, la perdurable enseñanza de esa mentalidad superior, que ofreció a la colectividad, sin reservas de ninguna clase, los frutos de una labor incansable, de una ilustración múltiple, de un optimismo vigoroso, de un dinamismo incuestionablemente fecundo. Y por ello acepto complacido la misión, porque importa, más que la consagración de dotes oratorias, de que carezco, la oportunidad de expansión para los sentimientos de cariño y de gratitud que todos los egresados tenemos para el doctor Lobos.

Señores:

La acción educativa del hombre que hoy recordamos, se prolongó para nosotros más allá de las aulas. Fué un gestor principal, la ayuda decisiva, el consejo oportuno y sensato; el consultor obligado de todos los problemas complejos que se nos presentaban al iniciar nuestra actuación y al continuarla más tarde con la cierta autoridad y eficacia que nos daban los primeros éxitos en la vida económica y administrativa, a que hemos consagrado nuestras actividades y nuestra experiencia. El nos inspiraba siempre nuevos métodos de trabajo, nos indicaba nuevas y más inteligentes orientaciones, sin más propósito ni más sentimiento que el muy elevado de vernos actuar con eficacia en los complicados engranajes de la colectividad.

De ahí que insista en recordar que si sus clases fueron la prolongación de su hogar, para muchos de nosotros, su hogar y su estudio fueron la prolongación de sus clases.

Consagrado al bien, a la ciencia y a la verdad, la vida del doctor Lobos se caracterizó por una acción múltiple, y así, en esta tribuna, ahora y antes de ahora, ha podido exaltarse el alcance de su obra científica y espiritual, de su obra política y administrativa, legislativa, jurídica y periodística. Por eso es de oportunidad y corresponde a los egresados, cuyo pensamiento creo interpretar lealmente, referirme en particular, como lo hago, a la acción de ayuda, de estímulo y de consejo de que fuimos sus alumnos los principales beneficiarios.

El homenaje que hoy realizamos, no es, ni puede ser el único a que estamos obligados. Por su recuerdo y para el bien mismo de la sociedad en que actuamos, considero que es obligación impostergable cooperar, dentro de los medios de cada uno, a que se termine cuanto antes la recopilación de su vasta obra, en la que se halla sintetizada la experiencia de muchos años destinados al estudio y a la solución de fundamentales problemas de orden público.

Es sabido que en la época de su fallecimiento esa obra se encontraba dispersa, en mensajes y proyectos de gobierno, en artículos periodísticos, en conferencias universitarias, en discursos del parlamento, en colaboraciones de revistas técnicas y en debates de índole económica y jurídica. Su actividad sin tregua no encontró un momento para reunir y coordinar en libros toda su labor.

Quizá no lo buscó, quizá no se habrá creído con derecho a suscribirse a las apremiantes exigencias del problema diario, para dedicarse, siquiera por breve tiempo, a lo que, en su modestia y en su bondad características, consideraría un halago a la vanidad, o una ambición de éxito inmediato, que no tenían para él sugestiones de ideal.

La recopilación se ha iniciado, y a ella han contribuido cuantos lo conocieron de cerca y siguieron atentamente sus enseñanzas y sus actividades. Pero, por motivos diversos, que soy el primero en respetar, no se ha continuado con la celeridad deseable, no sólo para el más alto significado del homenaje, sino por la contribución que importaría el estudio de cuestiones intrincadas y substanciales. Sólo como abogado consultor de nuestra primera institución de crédito ha dejado más de diez y ocho mil dictámenes que necesariamente abarcan las más fundamentales cuestiones a que pudo dar origen la marcha administrativa, financiera, económica y jurídica del Banco de la Nación.

¡Cuánta experiencia, cuánta versación jurídica, cuánta verdad inteligente, desconocida todavía para todos los argentinos!

¡Cuánto provecho podrían obtener de su conocimiento, los que se dedicaban a estudios económicos, especialmente los alumnos de esta Facultad, a la que el doctor Lobos se consagró con tanto cariño y a la que tan caracterizada función atribuía en el desenvolvimiento de la vida nacional!

“Es nuestra Facultad — decía el doctor Lobos — el agente más activo de las ideas económicas. Era forzoso, entonces, empezar por practicarlas; y precisamente porque sus egresados influirían más pronto que los de otras Facultades en la vida nacional, que es vida económica por excelencia, debíamos cuidar más su preparación y eficiencia.”

Su característica espiritual era la del hombre práctico y dinámico. No quería que los jóvenes dedicasen a declamaciones y discursos mayor tiempo del que debían aplicar a estudiar y practicar las nuevas formas de contabilidad comercial e industrial, los idiomas extranjeros, la producción nacional y todos los fenómenos que dimanaban de la vida colectiva: los impuestos, los negocios comerciales e industriales, las formas variadas y múltiples que asumen el crédito, los empréstitos, el precio de los salarios, la moneda, los valores mobiliarios, el intercambio comercial.

“Que se cultive en otras Facultades la ciencia pura — decía — en la nuestra no haremos sino aplicarla en interés de todos los ramos del comercio y de la industria. Y para él ese era nuestro puesto en la división del trabajo universitario, en la activa elaboración de la cultura nacional.

La influencia económica promoviendo la transformación de la enseñanza universitaria, impuso la fundación de la Facultad de Ciencias Económicas y el doctor Lobos con una visión clara del porvenir, prestaba todos los estímulos de su vasto saber a la marcha ascendente de esta Casa, cuyas enseñanzas rectificaban los errores del pasado y nos incorporaban a los modernos progresos sociales, ofreciendo a la educación de la juventud argentina nuevos métodos de investigación científica y nuevos ideales para la cultura y la civilización de nuestra América. La excesiva teorización, el amor a la forma y el culto de lo abstracto eran para el doctor Lobos desviaciones del método clásico y dogmático. Por eso loaba a los estadistas que crearon y organizaron nuestra nación luchando con la naturaleza, la barbarie y las divagaciones declamatorias de la época, concordando así con aquel otro forjador de la nacionalidad, el doctor José Manuel Estrada, que decía a la juventud de su tiempo: “deliran los que ponen su esperanza en las libertades políticas, que a menudo sólo cambian los agentes del despotismo y por sí mismas nunca forman las libertades sociales”.

Debemos entender por eso que el pensamiento universitario es ineficaz si se aleja de las necesidades de la vida real. Esa era

la doctrina del maestro. Para él era ilusorio esperar sólo de las leyes la solución de los conflictos económicos.

“Se han visto países bien gobernados por los hombres sin intervención de las leyes; no se los ha visto jamás regidos por leyes sin el concurso de los hombres” — había dicho Portalis en la discusión del Código de Napoleón; y Lobos mantenía ese aforismo.

“Que se estimule vigorosamente la educación popular abriéndole nuevos rumbos; que el capitalista y el trabajador presten su concurso y su vigilancia a institutos como éste en que se practica la educación profesional y técnica y que envíen aquí su personal a recibir su enseñanza sobre las verdaderas causas de esos conflictos, y suprimidos así los errores en que induce la ignorancia como los apasionamientos que aviva el escaso contacto con la realidad de las cosas, ha de facilitarse la armonía del capital y el trabajo, esencial y legítima y su mayor productividad y la paz social....”

Y estas ideas que esbozo y que han fructificado en mi espíritu y en el de mis compañeros del Colegio de Graduados, eran las ideas que sembraba a diario con su autorizada palabra y con el constante ejemplo de su vida fecunda.

Esas mismas ideas, próximo ya el fin de sus días, son las que asoman en las entrefineas de sus disposiciones testamentarias, cuando con serenidad, exenta de amargura, deja entrever su fe en el porvenir de la patria — en el culto de la Bondad simbolizado en la cohesión de la familia — de la Verdad — sintetizado en la estimación y el respeto por los amigos — una vez pasado este primer estado de democracia en que le tocó ser conductor de la juventud universitaria, una parte de cuya representación ejercito al acudir en nombre del Colegio de Graduados, que viene a rendir nuevo tributo a su venerada memoria.

*

* *

DISCURSO DE D. ERNESTO MALACORTO

Señor Rector, señor Decano, señoras, señores:

En una época en que la Universidad abandonaba sus moldes seculares, conmovida en su tradición por las nuevas tendencias comprendidas en el amplio horizonte de la Reforma, y cuando en el ardor de la contienda, no era posible que la juventud se detuviera en la acción, bajo pena de ver destruidas sus primeras conquistas, se hacía necesaria la existencia de hombres experimentados y clarovidentes que supieran comprender las nuevas corrientes de ideas liberales, y aplicaran su saber al esfuerzo constructivo, orientando a los universitarios hacia el contenido real de las tendencias modernas de la educación.

La Facultad de Ciencias Económicas, tuvo la suerte de tener a su frente a uno de estos hombres excepcionales. El doctor Eleodoro Lobos — a quien el bronce, símbolo de nuestra gratitud, nos vincula hoy a su generoso recuerdo — con su gran experiencia de la vida económica e institucional del país, y con una clara comprensión de los problemas que entrañaba el contenido objetivo y real de la Reforma, supo romper con el pesado vínculo de la tradición, y sustraer la enseñanza del verbalismo ampuloso y estéril, encauzándola hacia la transformación de los métodos docentes, y sustituyendo, al dogmatismo de la ciencia codificada impartida por la cátedra, la labor intensa y provechosa de los Seminarios de investigación, acercándola así a las palpitaciones de la vida real y haciéndola más sensible a sus manifestaciones.

Han transcurrido algunos años, a contar de la iniciación de esta nueva época. El análisis sereno e imparcial de la labor realizada, a través del camino andado, y los frutos aquilatados en su

Justo valor, revelan una gran desorientación en la juventud universitaria; y la necesidad, cada vez más sentida, de volver a nutrir nuestro acervo intelectual y moral en la fuente de inspiración de aquel espíritu lozano, siempre abierto al entendimiento claro y rico en hermosas sugerencias, que fuera el doctor Eleodoro Lobos, se torna imperiosa.

El exitismo, el entusiasmo febril por escalar posiciones, el triunfo en la vida, perseguido, más a través de una serie de circunstancias azarosas, que mediante el esfuerzo tenaz y perseverante aplicado al estudio; el título universitario, deseado con ahínco como fin y como medio, descuidando el aspecto que más interesa al estudiante a su paso por la universidad, son todavía defectos fundamentales que la Reforma no ha logrado extirpar, y que ponen de relieve el valor de las palabras y la madurez del pensamiento del que fuera sabio maestro de la juventud argentina.

En una carrera en que el título universitario es un acicate menor que en otras, y la ventaja profesional inherente al mismo casi nula, desde que no existe una reglamentación, es oportuno recordar que la aptitud personal del que la cursa vale más que un diploma, si éste va acompañado de una preparación insuficiente.

“No hay urgencia — decía el doctor Lobos — en diplomar doctores; lo indispensable es formar, en su especialidad, ciudadanos ilustrados, prácticos y dignos de su país y de su título. En esta preocupación han de inspirarse la Facultad, su plan de estudios, sus profesores y sus alumnos”. Pero, contrariamente a lo que podría suponerse, no daba al plan de estudios la preponderancia que posteriormente se le ha asignado en nuestra Facultad, circunstancia que se repite cuando se quiere aportar soluciones a los problemas que plantean los Seminarios, como institutos de investigación individual, de rol tan importante y decisivo en la pedagogía contemporánea. Si la enseñanza falla, si los Seminarios fracasan, la causa no está en los métodos en sí, sino en los hombres encargados de su aplicación. Se hace necesario libertar a los discípulos del maestro formado en los moldes del viejo espíritu universitario. Inspirado en el ejemplo de otras naciones más adelantadas, comprendió el doctor Lobos la necesidad de atraer al país investigadores extranjeros, mientras las nuevas generaciones irían consolidando sus propios valores. Si los profesores y los directores de Seminario, que debían aplicar los nuevos planes de estudio, no sabían unir la razón a la experiencia, acercando el pensamiento a las manifestaciones de la vida real; si, en una palabra, carecían de capacidad de investigación, de inteligencia creadora, no podían ser buenos maestros de la juventud, ni podían formar buenos discípulos. Por lo demás, sin buenos investigadores, los ejercicios intensivos, practicados en los Seminarios, lejos de ser un alivio para el alumno, fatigado por el esfuerzo mnemotécnico, combatiendo así la lamentable costumbre de estudiar sólo para el examen, habrían de acentuar, cada vez más, este hábito pernicioso tan arraigado entre los estudiantes de ciencias económicas.

“Habiendo buenos profesores — decía el doctor Lobos —, habrá buenos discípulos. Así lo ha entendido la Reforma. Reconozco que un profesorado completo y competente no se adquiere de pronto; pero atribuyendo a este asunto mayor importancia que al defecto de los programas, se explicará la atención preferente que es preciso prestarle. Desde luego, se ha de conservar, atraer, ayudar y estimular al buen profesor, sin ahorrar sacrificios. En su sabiduría y en su celo por compartirla con sus alumnos, se ha de fundar la fraternidad intelectual, que constituye el alma y la vida de estos institutos. Aumentarlo y custodiar celosamente este tesoro, afirmando en maestros y discípulos la conciencia de que su unión y su tarea las amparan el amor a la patria, a la justicia y al trabajo, es la misión de las autoridades de esta casa.”

Si en la Reforma existe un contenido específico, sintetizado en sus dos manifestaciones principales, de cambio de orientación en los estudios universitarios, y transformación de los métodos de enseñanza, forzoso será reconocer que nos hemos detenido en un detalle secundario de este contenido, como lo es su aspecto de política electoral.

Este detalle secundario, para Lobos, debía ser un medio para alcanzar aquel fin superior y permanente, que al dignificar la enseñanza, dignifica la vida individual y colectiva, haciendo de cada hombre un colaborador consciente y libre del bienestar común. Convencido de la inutilidad de la improvisación, y de la necesidad de apartar a los jóvenes de la rutina de la enseñanza militante, destacaba la necesidad de aplicar la ciencia a la realidad de la vida nacional, cuyos problemas, numerosos y complejos, requerían, para su estudio, mucha asiduidad y mucha constancia.

La verdadera Reforma, bien entendida, debía consistir en la acentuación de una tendencia positiva y técnica en la instrucción pública, destinada a habilitar a la juventud para el trabajo, a formar hombres útiles y de carácter, a prepararlos para la más activa producción económica.

Quizás no se haya logrado aún imprimir esta orientación a las disciplinas económicas. Tampoco la juventud ha sabido colocar en sus verdaderos términos el problema de la Reforma Universitaria, en la Facultad de Ciencias Económicas.

Si fuéramos a analizar las causas de estagnación en este proceso evolutivo, engendrado por un nuevo orden de ideas y de conceptos, llegaríamos, posiblemente, a precisarlas; no se han sucedido, ni contemporáneamente, ni en el orden del tiempo, aquellos hombres, "maestros de la juventud", que con fe y esperanza en las energías juveniles, fueran tan admirables como el doctor Lobos en su noble afán por estimularlas, apartándolas de la desorientación y del desconcierto, e inculcándoles con su palabra autorizada, rica en nobles sugerencias, la necesidad de retemplar el espíritu en el esfuerzo perseverante, persiguiendo el éxito en la vida y la elevación individual — que es elevación colectiva — con optimismo y voluntad.

Es que el "maestro", como se ha dicho con razón, había modelado su espíritu en la dura escuela de la vida. Triunfante en el largo camino de la existencia, su experiencia profunda y su afán constante por enseñar y aprender, propio de un cerebro siempre joven, lo acreditaban con títulos suficientes para dirigirla.

Como dijera en oportunidad el distinguido Decano que hoy gobierna los destinos de esta casa de estudios, "en un ambiente que a otros endurece el alma, se acendrarón sus sentimientos, sus ideas, sus cualidades personales, las que le caracterizaron singularmente en toda su actuación: la noción adecuada de la realidad; la virtud de la tolerancia y la indulgencia para el daño o el error del prójimo; la simpatía cordial por los jóvenes que se inician, por todos los que trabajan oprimidos y necesitados; el amor a la patria y a la humanidad; su pasión por la verdad y la justicia; sus anhelos de paz universal; su concepto tan claro de la vida y su contemplación estoica de la muerte..."

Entre estas cualidades personales, su simpatía cordial por los jóvenes que se inician, a los cuales estimulaba con sus consejos y orientaba de acuerdo a sus inclinaciones, instándolos a que perseveraran en su interés por los estudios económicos, merece destacarse, por ser, quizás, su acción más fecunda en la vida a su paso por esta Facultad, a la que dedicara sus mejores energías de hombre estudioso y experimentado.

De estos jóvenes, muchos son los que siguen la senda trazada por el maestro: el triunfo de los esfuerzos tenaces de algunos de

ellos, es el mejor homenaje que pudiera ofrecerse a su memoria. Y para los que dejan las aulas, si quieren perpetuar el recuerdo de este hombre generoso y bueno, que el mejor título antepuesto al de "egresado", sea el de continuar siendo "estudiantes", cuálquiera sea el camino que la vida les depare, como "estudiante", y a mucha honra, lo fué el doctor Lobos toda su vida, a quien no dominaba el prurito de la autosuficiencia, tan común a los hombres que han vivido.

En este bronce con que hoy queremos inmortalizar al doctor Lobos, símbolo de facultades superiores, la juventud universitaria de ciencias económicas debe buscar inspiración, para que en la vida del maestro y en el hermoso ejemplo de su obra reanime sus energías latentes, temple su carácter y moldee la pureza de sus sentimientos.

Ernesto MALACCORTO.

*

* *

DISCURSO DEL DR. SALVADOR ORÍA

Señor Rector, señor Decano, señoras, señores:

Sin la pretensión de estar a la altura de mi cometido, voy a hablar de un hombre cuya vida dejó un ejemplo y cuyo recuerdo nos trae una emoción, que culminó en las funciones públicas, buscando solamente en ellas la oportunidad de realizar un plan de trabajo invariablemente metódico y eficaz, que unió su obra de economista a sus afanes de educador, y en sus últimos años trajo a esta casa de estudio, que él consideró siempre tan necesaria para el país, lo mejor que le quedaba de sus energías, dejando en su obra las huellas de su carácter y de su talento vigoroso y claro.

Perteneció el doctor Eleodoro Lobos a esa generación meritoria cuyas actividades se desenvuelven entre fines del siglo XIX y los primeros 20 años del actual y a la que se deben, por lo menos, dos obras trascendentales para la suerte del país: la consolidación de la paz interna y externa en el orden político y la orientación de la enseñanza en el orden intelectual, porque ésta fué dirigida hacia nuevos rumbos, nutriéndola con la cultura extranjera en fuentes cada vez más diversas, gracias al conocimiento de idiomas que se intensificó, y realizando la importancia de las ciencias prácticas, naturales o sociales, con base cada vez más positiva y experiencia cada vez más rigurosa.

Pertenecía al grupo de economistas formados en la biblioteca y en nuestro Wall Street, actuaba en las filas de los hombres que uniendo a su ilustración un claro sentido de la realidad, dejaron resbalar su talento por cauces más hondos y fructíferos que aquellos ya esterilizados por el retoricismo precedente.

Formado en las filas de nuestro periodismo, cuyas características de actividad y comprensión, le dan todo el valor de una escuela — Láinez solía decir que era ésta la mejor Universidad argentina — adquirió la ductilidad de espíritu y el sentido práctico que suele verse en los intelectuales pasados por tan buen cernidor.

Sin abandonar el periodismo, se desempeñó lucidamente en el Congreso como diputado por la provincia de San Luis; fué dos veces ministro del P. E. N. en las carteras de Agricultura y Hacienda y en ellas, siguiendo normas de hombre que no concibe las ideologías sino como un principio de acción destinado a rematar en una obra, tradujo gran parte de los conceptos que había difundido en la cátedra y en el editorial del periódico, en importantes proyectos o resoluciones de gobierno que revelaron sus cualidades de estadista.

Al igual que Juan José Romero, Carlos Pellegrini, Emilio Mitre, Berduc, Adolfo Dávila, José M. Rosa, Emilio Frers y otros a quie-

nes él mismo recordaba con frecuencia en sus escritos, se dedicó al estudio de los problemas cuya solución interesaba más vivamente al país, poniendo a su servicio, por un lado, la doctrina expuesta en el libro, la cátedra o el editorial, y, por otro, — ya inmediata, ya concurrentemente, — el esfuerzo personal que exigía la traducción del plan concebido, en un hecho.

Se podrá decir que en ésta como en todas las generaciones hubo un sector ejecutivo y que no hay razón para encomiar la obra del que ya he mencionado, dándole un rango de excepción, con olvido de otros anteriores o subsiguientes.

Es que a mi juicio, con este grupo se inicia la buena escuela que encara los problemas políticos, económicos y sociales con el espíritu que halláramos en un arquitecto que traza los planos para un edificio cuya construcción se ha decretado de antemano, dispuesto a convertir las líneas geométricas del dibujo en muros, arcadas, ventanales, techos, en todo lo que se ha previsto y deseado, desde el cimiento con que la enorme mole de mampostería pone garra defensivas en el suelo, hasta la cúpula que corona el edificio.

Es la generación antirretórica, la que en el orden de los estudios sociales da al derecho un rumbo positivo y orienta la investigación histórica, asignándole la importancia que tiene, a la escuela determinista, a la técnica documentada, por último, la que ha encarado los estudios económicos y financieros con un criterio que está reflejado por la exigencia de esta misma Facultad, creada por los hombres que pertenecían a ese grupo.

Si por todo esto se creyera que estamos frente a una generación materialista o exageradamente práctica, se caería en un error, pues la amplitud de sus proyectos y el desinterés personal, demuestran con frecuencia que el patriotismo, o el noble deseo de levantar el nivel humano, era el estímulo predominante.

La obra científica del doctor Lobos, se bifurcó en dos rumbos, como dos ases de luz partidos de un mismo punto luminoso, formando un ángulo, cuya vértice era su profunda noción de la realidad el de los problemas económicos, enfocando con visible predilección los temas agrarios y las cuestiones financieras en la que se ocupó directa o indirectamente de casi todos los problemas nacionales, relativos al impuesto, al presupuesto y al crédito público.

Esta misma bifurcación acusa el equilibrio y el talento del doctor Lobos, que siempre el terreno de la realidad consultaba la afinidad de las cuestiones económico-financieras y entendía que la explotación de la tierra no podría hacerse con los resultados que reclaman los intereses del país, ni éstos podrán impulsarlo por la vía de una prosperidad inequívoca, mientras no se resuelva el problema de la inmigración, que, a su vez, éste depende de una inteligente distribución de la tierra, y que nuestro régimen inmobiliario reclamaba un sistema impositivo menos absurdo que el actual, porque, extraño a las discriminaciones de la legislación moderna no separa que reparte el tributo cobrado al capital del que se percibe como resultado de una incorporación del trabajo.

Muchos de los proyectos de Lobos podrían renovarse hoy sin peligro de que resultaran anacrónicos.

Era partidario de desarrollar la colonización, arraigando al extranjero con la propiedad de lotes adecuados a la índole de la explotación, y enemigo irreconciliable, por tanto, del pasado sistema de venta de las tierras públicas, en grandes extensiones propicias para la especulación, a veces sórdida de los favorecidos.

Con espíritu de hombre moderno sostuvo las ventajas que debieran reportar a la economía argentina, la adopción del sistema Torrens para la transmisión de la propiedad inmobiliaria y del homestead para el afianzamiento del inmigrante y estímulo del productor autónomo tan necesarios al progreso del país.

Proyectó, también, el doctor Lobos, la organización de un Banco Agrícola de Estado, coordinando su funcionamiento con las "cajas rurales" que, indirectamente, se proponía fomentar.

Los puntos expuestos fueron los ejes de su programa económico.

Como financista, su obra se desarrolló con preferencia en el terreno de la práctica.

Siendo ministro de Hacienda, remitió un mensaje, cuya lectura es siempre útil, incitando al Congreso Nacional a la economía, analizando la deuda pública argentina y las entradas fiscales, con cifras comparativas internacionales y relacionando la población con ese carga pública, para probar nuestra situación poco halagüeña y la necesidad de ser mesurados y prudentes en todo orden de gastos.

Deseó, a toda costa, el equilibrio del presupuesto obtenido con cifras apoyadas en la verdad del cálculo un poco viciado por el doble influjo de la técnica administrativa deficiente y de la acción política siempre dañosa.

"¿Se concibe — decía — que Thiers y León Say, después del 70, o que Avellaneda, después del 75, restauraron las finanzas de su país, sin una gran política fundada en el patriotismo y en la verdad?"

Fué partidario de transformar la Caja de Conversión en Banco Central Monetario, adaptándola a su propia ley de creación, como lo había proyectado con anterioridad el doctor Rosa, incorporándole un capital nacional en acciones nominativas de treinta millones de pesos que quedarían en manos de particulares e instituciones argentinas, a fin de que los accionistas como en el Banco de Inglaterra, en el de Francia y Alemania se constituyeron en una garantía más, contra la ingerencia del gobierno.

He aquí, en una síntesis muy modesta, la obra de aquella personalidad, provista de una estructura mental característicamente equilibrada y sólida y cuya filiación científica, seguramente, razonada, como debe suponerse, dada su cultura superior, debe buscarse en las lecturas de Locke, de Russeau, de Bentham, de Adam Smith, de Cobden y de otros pensadores que tanta influencia ejercieron en las ideas económicas sociales de Francia y en la formación del liberalismo inglés.

Es evidente que conocía a Gladstone y Mill que representan las dos expresiones quizá más altas de la historia del liberalismo inglés, predominando en la acción el primero y el segundo en el pensamiento.

Ejerciendo la cátedra y en alguno de sus escritos, el doctor Lobos desarrolló conceptos en materia impositiva bastante análogos y con mucha anterioridad, a los que inspiraron las últimas reformas de la organización fiscal de Inglaterra, en la que tuvieron especial intervención lord Asquith y Lloyd George, cuando dieran al sistema fiscal de la Gran Bretaña ese aspecto propio y progresista que se definió con las reformas de 1909, inspiradas en naciones nuevas de solidaridad social y dentro de un concepto también separado de las tradiciones, para resolver el aspecto fundamental — según Ricardo — de la distribución de las cargas públicas.

Desearía, con lo expuesto, que mis escasos medios hubieran permitido perfilar al hombre cuyo busto ha de custodiar en adelante, como una señal de la presencia de su espíritu, esta sala destinada en forma concreta a la actividad intelectual.

Pero, quiero concluir, para poner siquiera una nota de calidad indiscutible en mi discurso, con una expresión del doctor Lobos, dirigida a un alumno suyo de la Facultad de Derecho, que protestaba con juvenil indignación del fugaz éxito de un advenedizo político.

"No se alarme usted, le dijo sentenciosamente, todo acto humano da como las reacciones químicas su precipitado final. Pasamos por un mal momento, en todos los aspectos de la organización so-

cial argentina. Puede ocurrir algún día que la audacia y la ignorancia tan favorecidas por los estados demagógicos, puedan, mediante la adulación de las mayorías u otros recursos criticables, encaramarse a posiciones públicas de importancia, en el Poder Ejecutivo, en el Congreso, en la magistratura, en el ejército y aun es posible que algo de esa racha maléfica se filtre por los postigos de nuestra Universidad; pero el mal será transitorio porque vendrá como en las reacciones químicas el precipitado final, y quedarán en el fondo, descompuestos e inertes, los falsos valores que promovieron la efímera agitación."

Señores, la imagen del doctor Lobos, concretada en una de las materias más indestructibles que usa el cincel de los artistas, pondrá en adelante, un sello propio a esta aula y por la sola presencia de su rostro expresivo y austero a la vez, se condensará nuevamente en la atmósfera esa onda invisible, que sin romper el silencio nos inclina sobre la mesa de estudio o pasa por la frente de los laboriosos, como una caricia imperceptible y enigmática que los inclina sobre el libro con una sana y fecunda inquietud intelectual.

Señores: Con sinceridad, más convencidos que emocionados, como él mismo lo desaría, honremos su recuerdo y estas aulas en las que enseñó, y donde su palabra tuvo ecos imborrables, siguiendo su ejemplo: pocos de palabras y abundantes en obras útiles a la patria y a la humanidad.

He dicho.

